

Las vacaciones de la muerte

Susana Michaud

LA MUERTE ESTABA INTRIGADA. Quería saber qué era lo que atraía tanto a los humanos de la vida en la Tierra y por qué se resistían tanto a irse con ella cuando les llegaba el momento de acompañarla. Además, estaba cansada, tan cansada que había decidido tomarse por primera vez unas vacaciones. Aprovecharía para irse unos días a la playa y de paso sentir lo que es vivir y darse por fin cuenta lo que tiene tan apegados a los hombres a la vida terrenal.

Decidida a pasarla bien, se fue a la boutique de un hotel elegante de Nuevo Vallarta, se compró un bikini amarillo, un enorme sombrero de ala ancha, lentes de sol, un pareo, una toalla grande de playa, bloqueador solar (porque vio que todo mundo lo compraba), unas chancletas de horcapollo que le lastimaban sus huesos al caminar pero que le harían falta, y un canasto de palma para meter en él todo lo que había comprado, incluyendo su celular, que había puesto en modo de silencio pues no quería que nadie la molestara. Ya con todas sus adquisiciones, se metió al baño del hotel, se puso el bikini que le quedaba un poquito flojo, el pareo, las chancletas, los lentes y salió a la calle. ¡Se sentía lista para conquistar el mundo!

Estaba por atravesar el Boulevard para dirigirse a la playa cuando de repente pasó un auto deportivo a toda velocidad; el coche iba muy rápido y ella no estaba acostumbrada a atravesar calles, así que por poco la deja sin sombrero y sin chancletas embarrada en el pavimento; gracias a que tenía todavía buenos reflejos sus blancos huesitos no quedaron hechos polvo en la orilla de la banqueta.

La pobre tardó un buen rato en reponerse del susto. En cuanto se hubo repuesto, todavía un poco atarantada, pálida y tambaleante, siguió su camino a la playa. Ya en la arena se sintió de nuevo segura. Extendió la colorida toalla, se sentó sobre ella y sacó de su canasto el bloqueador del número 50, el cual se untó generosamente en su pálida y ya un poco

reseca osamenta. Se acostó y se dispuso a tomar el sol. ¡Qué dicha! ¡Qué tranquilidad! Eso era vida... De repente ¡zas! Un pelotazo sobre su cabeza hizo volar el elegante sombrero a varios metros de distancia; los niños dueños del criminal balón rieron asombrados al ver la calva que quedó descubierta al volar el sombrero. Ella, indignada y humillada, corrió tras el sombrero que huía con el viento dando tumbos y volteretas. Después de un rato de haber corrido tras él lo alcanzó y, más cansada que contenta, regresó a su toalla a descansar. Volvió a tenderse, al poco rato olvidó el incidente y de nuevo empezó a disfrutar de la belleza del mar al que nunca había visto con esas cuencas.

En esas ensoñaciones se encontraba cuando pasó un vendedor de varitas de pescado. Nunca había probado el pescado... es más, ¡nunca había comido nada y ya empezaba a sentir hambre! En su afán por imitar a los humanos, por disfrutar de lo mismo que disfrutaban ellos, compró una varita. La verdad sea dicha, no le supo a nada, pero era divertido comer con el palito, el cual introducía a través de su tráquea, hasta muy adentro de su esqueleto. Afortunadamente no tenía que masticar nada pues el pescado era muy suave; ¡en un gran aprieto se hubiera visto pues solo tenía tres dientes y además flojos! Después de la comida se sintió somnolienta y se dispuso a dormir una pequeña siesta. Pero, ¡oh!, dentro de su esqueleto algo empezó a gruñir y sintió una urgente necesidad. Corrió lo más que pudo al baño del hotel y ahí se dio cuenta de que tenía una horrible diarrea... ¡el pescado le había hecho daño! ¡Qué problema tan grande!

Mientras tanto, en los hospitales la gente se acumulaba, ya no había cuartos ni camas disponibles pues nadie se moría; en las funerarias estaban desesperados pensando que se iban a la quiebra; era inexplicable que las ventas hubieran bajado tanto los últimos días. Ocurrían accidentes que normalmente habrían sido mortales y la gente salía con vida; vaya, ¡ni siquiera los


que intentaban suicidarse lo lograban! ¡Era la locura! Y mientras la muerte disfrutando en Vallarta.

Después de haber sacado el pescado de su esqueleto, porque intestinos no tenía, nuestra muerte regresó a la playa. Ahora sí quería tomar el sol y broncearse un poco. ¡Se le antojaba tanto el color doradito que veía en las gringas que se paseaban por el malecón! Así que volvió a extender su toalla y se acostó cuan larga era a disfrutar del calor y de la suave brisa que venía del mar. En esas estaba cuando de pronto se vio envuelta en una ola que la arrastraba mar adentro. ¡No había tomado en cuenta que estaba demasiado cerca de la orilla y ella no sabía nadar! Su canasto navegaba por un lado, su sombrero flotaba por el otro y ella daba manotazos tragando agua salada a borbotones, cada vez que una ola la revolcaba y le llenaba de arena y algas las cuencas de los ojos, la nariz y el calzón de su bikini amarillo. ¡Estaba asustadísima! Mientras más esfuerzo hacía por salir del torbellino que la jalaba hacia lo hondo, más se alejaba de la orilla. A unos metros de ella alcanzó a ver su canasto que flotaba alegre y despreocupado; hizo un último esfuerzo y lo alcanzó, lo agarró con fuerza contra sus costillas y poco a poco se fue acercando a la orilla, donde ya su sombrero la esperaba, mojado y lleno de arena, pero completo.

¡La pobre estaba exhausta! Empezaba a oscurecer. Habían sido muchas emociones para un solo día. Después de tragar tanta agua salada ahora tenía mucha sed, así que se colocó el sombrero que ya había perdido su elegante forma, se sacó la arena del bikini, se puso sus calzaletas y con aire seguro y desenvuelto, sin perder el garbo, se dirigió al bar que había visto en la acera de enfrente del Boulevard. Entró con paso firme, canasto en mano y se sentó en una mesita que estaba desocupada cerca de una ventana desde donde podía ver pasar a los transeúntes, en su mayoría, turistas extranjeros.

Enseguida llegó un mesero a ofrecerle algo de beber. No sabía qué ordenar. Se inclinó por lo que la

mayoría tomaba en unas copas enormes, extendidas, adornadas con una bella flor y que resultaron ser margaritas. Si el pescado no le había sabido a nada, la margarita le supo a gloria, y como tenía tanta sed, se la tomó de un trago. Ordenó otra, y después otra. Una rara sensación la invadió toda. Era como si flotara, como si la cabeza le diera vueltas... ¡nunca antes se había sentido así! Un tipo, desde otra mesa, la miraba con insistencia. Al poco rato se acercó a su mesa y le pidió sentarse junto a ella. La muerte aceptó. ¡Estaba feliz, eufórica! Algo en su interior se estaba removiendo, extrañas sensaciones la llevaban de un estado desconocido para ella a otro; si sus mejillas hubieran tenido carne y piel se habría visto cómo, por la emoción que estaba viviendo, iban del rojo al pálido y de nuevo al rojo. ¡Se estaba enamorando! Había música en vivo; un conjunto tocaba bellas melodías que invitaban a mover los pies. El hombre la invitó a bailar. Bailaron un buen rato. Él la apretaba contra su pecho y ella temblaba de la emoción; la mejilla de él contra la suya, las manos entrelazadas, su aliento en su nuca. De pronto, una necesidad imperiosa de ir al baño la sacó de su ensoñación. Tantas margaritas habían hecho de las suyas así que se fue al tocador. Tardó unos cuantos minutos, cuando regresó, el hombre ya no estaba y el celular de su canasto tampoco. ¡El hombre la había robado pero lo peor de todo es que se había burlado de ella!

Se sentía enferma y desilusionada. Si hubiera tenido ojos, habría llorado, ¡pero no tenía! Si hubiera tenido corazón, estaría roto, pero no tenía... Estaba triste, y algo le dolía muy, muy adentro de su osamenta. “De verdad no entiendo a los seres humanos”, se dijo, “no llevo ni veinticuatro horas viviendo como humana y no he hecho más que sufrir, ¡si supieran lo que les espera aquí no se la pensarían tanto para irse conmigo!”. 



Tiempo en la casa 42-43, julio-agosto de 2017

“La portada de Saturnino Herrán en *La sangre devota*”,
Ernesto Lumbreras

Ernesto Lumbreras rinde homenaje a la vida y a la obra del poeta zacatecano Ramón López Velarde y a la del artista plástico aguascalentense Saturnino Herrán, a propósito del centenario de *La sangre devota*.

